

los rétores tenían como fin enseñar la retórica sin compromiso de naturaleza filosófica y, por tanto, sin compromiso de proyección ética sobre la vida del futuro orador. De ahí la protesta de Séneca el filósofo contra un tipo de enseñanza que no se orienta hacia la ética, esto es, hacia las normas de vida y se reduce a juegos de salón, a pasatiempos lúdicos, como podrían ser las declamaciones.

Sería deseable incorporar en este capítulo las opiniones de Plinio el joven sobre la retórica así como aquellas otras de autores cristianos radicalmente opuestas a dicho arte.

Con relación a la división de las obras ciceronianas que figura en el Apéndice A no creo que debiera considerarse como obra menor el *Brutus*: generalmente se suele incluir en la trilogía de la *rethorica maior* junto con los otros tratados *De oratore* y *Orator*.

Esta crítica no merma la gran utilidad de este trabajo colectivo, pues, aun cuando hayamos considerado necesario expresar nuestras discrepancias, debemos reconocer que el valor general de la misma es apreciable, especialmente si tenemos en cuenta su carácter divulgador: es este sentido son singularmente provechosos algunos capítulos por su carácter sintético y claro.

ANTONIO ALBERTE

*Chronica Hispana saeculi XII*, edición de E. Falque, Juan Gil y A. Maya, *Corpus Christianorum, Continuatio mediaevalis*, vol. LXXI, Brepols 1990.

No deja de ser sorprendente que los volúmenes LXX, LXXI y LXXII del CC sean obra de filólogos españoles, aunque su temática hispánica así lo pidiera. Este es un gran honor que corresponde a un grupo de profesores de la Universidad de Sevilla dirigidos por el prof. Juan Gil. Así ahora, después de la edición de la *Historia Compostellana* y de la *Historia de rebus Hispanie*, se editan un conjunto de Crónicas latinas de la Reconquista (s. XII).

Se recogen aquí, en efecto, las biografías del Cid († 1099) y de Alfonso VII († 1157), además del *Carmen Campidoctoris* y del *Prefatio de Almaria* que las complementan.

La anónima *Historia Roderici* se debe al trabajo de E. Falque, que ya había estrenado armas, filológicas en este caso, con la *Historia Compostellana* en esta misma colección. Ambas obras tienen en común no sólo ciertas estructuras peculiares, como la biografía de personajes no reales en medio de un abultado conjunto de crónicas de reyes, sino también un nivel lingüístico literario más elevado de lo habitual. Para ello tuvo que superar la edición de esta obra que había sido realizada por R. Menéndez Pidal en 1929 gracias a una relectura atenta de los manuscritos y la aplicación de los progresos críticos de los últimos años.

También mejora sensiblemente la edición que en 1950 había hecho L. Sánchez Belda de la *Chronica Aldelfonsi imperatoris* el meticuloso trabajo de

A. Maya quien no sólo corrigió muchos errores en la colación de los manuscritos sino que dio una nueva dimensión al establecimiento del texto al reestructurar el *stemma*.

Por último J. Gil, como patrono de estas ediciones, colabora para honor del volumen con una edición del llamado *Poema de Almería*, que es la última sección de la *Crónica de Alfonso VII* de Castilla y León, formando por cerca de 400 hexámetros leoninos en tono más elevado que el discreto estilo de la parte en prosa. Vuelve con ello el autor a revisar su anterior edición de 1974, primando con sabia humildad en esta ocasión más la lección manuscrita que la audaz conjetura, por recoger sus propias palabras. También es del mismo autor la edición del *Carmen Campidoctoris*, otro breve poema culto en estrofas sáficas.

Se ha cumplido, en consecuencia, la intención de ofrecer tanto a los historiadores como a los filólogos una edición fiable. Estos últimos, sin embargo, echarán de menos un estudio lingüístico y literario que ahora con esta base será mucho más fácil de llevar a cabo.

ENRIQUE MONTERO CARTELLE

P. Morpurgo, *Filosofia della natura nella Schola Salernitana del secolo XII*, Prólogo de E. Montero Cartelle, CLUE, Bolonia 1990, XVIII+245 páginas.

A través del examen de las fuentes manuscritas, P. Morpurgo se adentra en el estudio de las bases que constituyeron la formación del pensamiento en occidente. En el ámbito de la medicina y la filosofía de la naturaleza, dicho estudio pasa ineludiblemente por la Escuela Salernitana en un período de su historia (el siglo XII) en el que, una vez en posesión de un grupo de textos fundamentales, se procedió a una laboriosísima actividad de análisis, estudio, comentario y elaboración.

Morpurgo sigue e invita a seguir la consigna, ya lanzada por P. O. Kristeller, de ir a los manuscritos y también a considerar seriamente la colaboración entre historiadores de todas las áreas y filólogos en la reconstrucción de las vías de transmisión cultural de oriente a occidente.

Desde esta perspectiva, el autor aborda en primer lugar el mundo de la historia de la Escuela de Salerno, sus influencias foráneas (francesas sobre todo) y las circunstancias político-culturales que hicieron posible la formación de un núcleo tan importante del saber en esta ciudad del Sur de Italia. Aunque deja abierto el problema de cómo y cuándo se formó la escuela salernitana, analiza el contexto político, las influencias primero lombarda y posteriormente de los normandos hasta llegar —ya en el s. XIII— a la decisiva intervención legislativa de Federico II en la organización definitiva de dicha escuela, que prolongó su actividad como tal prácticamente hasta el siglo XIX.